Amar á Cegas

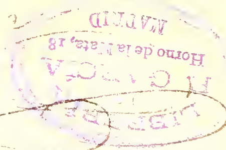
AMAR Á CIEGAS.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

LUIS CALVO Y REVILLA.

Representada por primera vez en el Teatro Español la noche del 23 de Abril de 1872.



MADRID.
IMPRENTA DE LOS SEÑORES ROJAS,
calle de Tudescos, núm. 34, principal.
1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
AURORA.	STA. D.ª ELISA BOLDUN.
JULIA.	ELISA MENDOZA.
INES.	CONCEPCION ALVAREZ.
DIEGO.	SR. D. RAFAEL CALVO.
ALFONSO..	ALFREDO MAZA.
D. PEDRO.	ANTONIO PIZARROSO.
SANCHO.	EMILIO MÁRIO.
ALCALDE.	JOSÉ ALISEDO.
UN CRIADO, que no habla.	

La escena se supone en Madrid y en casa de D. Pedro: siglo XVII.

Á Doña Lorenza Revilla de Calvo.

Mi buena Madre: Dicen que no hay libro, por malo que sea, que no tenga algo bueno: si esta obra, á causa de sus imperfecciones, se separa de la regla general; dedicada á tí ya tiene algo bueno, tu nombre.

Te la dedica, pues, tu hijo

Luis

ACTO PRIMERO.

Sala lujosamente amueblada al gusto de la época, puerta al foro, dos á la derecha y otras dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

AURORA Y DON PEDRO.

D. PEDRO. Dígote que el fin no veo
del escándalo que crece,
y á todas luces parece
amoroso galanteo;
que, Aurora, si tu buen talle,
por mi desdicha, concierta
cuchilladas á mi puerta
y blasfemias en mi calle,
dirán con razon cumplida,
aunque eres tan noble dama,
que por jugar con tu fama
hay quien juega con su vida.
Son muchos á pretender
tu amor con firme desvelo,
que hízote un ángel el cielo
con la forma de mujer.
Mas solo uno, en su osadia
lograr tu amor se promete,
y á los otros acomete
con tal suerte y bizarría,
que el laurel del victorioso

alcanza en locos afanes
castigando á tus galanes.
Y es por demás sospechoso
que haga alarde de amparar,
quien con la luz se acobarda,
honor que no quiere guarda
porque se sabe guardar.
Y así valga tu recato
contra tan liviano empeño,
que no he de darte por dueño
al que agravia con su trato.

AURORA. Padre, recatada soy,
á tu mandato obediente;
mas si por mirar la gente
detrás de la reja estoy;
si á San Felipe me llego
ó á San Gerónimo salgo,
no ha de faltar un hidalgo
que amoroso ó palaciego,
me siga con interés
como rodrigon ó espia,
pecando en descortesía
á fuerza de ser cortés.
Y aunque el rebozo me ampara,
quedando el rostro escondido,
ora el viento, ora el descuido
me dejan libre la cara.
Ya el pié que el paso aligera
y á las miradas se pone,
ya la mano que compone
el rebozo que se altera;
ya un rizo que sin intento
por bajo del manto asoma,
ya el aire que el traje toma
con mi modo ó con el viento,
basta para que al pasar,

al aire mis guardias den,
palabras, que suenan bien
y que no debo escuchar.

D. Pedro. No ofende á la virtuosa
que un amante la persiga,
como ella el camino siga
más cobarde que curiosa;
pero un hombre se propasa
á estar por la noche alerta,
siendo guardian de la puerta
ó defensor de la casa,
y su empeño decidido
mal dice de tu recato,
que tan violento arrebato
dá muestras de ser querido.
Mas, vive Cristo, que estoy
cansado de estos quehaceres,
pues por lances de mujeres.
achaque de burlas soy,
y he de hacer un escarmiento
si no cesa esta porfía,
que aunque viejo, todavia
no ha de faltarme ardimiento,
para humillar la altivez
de ese nocturno testigo,
que ante violento enemigo
me he visto más de una vez,
y á cada golpe quizás
con contrarios más serenos,
tuve delante uno menos
y un palmo de tierra más.

Aurora. Mas ¿qué he de hacer? Jamás ví
del hombre que así me ampara,
ni el aspecto, ni la cara,
aunque me persigue así.

D. Pedro. De que es un solo galan

el que á los tuyos provoca,
aunque á las sombras evoca
muy claras pruebas me dán;
pues en los que así maltrata
queda un indicio sincero
de que es siempre el mismo acero
el que los hiere y me mata.

AURORA. Eso dicen.

D. PEDRO. Por mi vida
que es tan grande su destreza,
que siempre vá á la cabeza
y es siempre la misma herida.

AURORA. Es atrevido y valiente.

D. PEDRO. Mucho su valor te agrada.

AURORA. Vé, señor.....

D. PEDRO. La recatada
es más tímida y prudente.
Mas con todo su valor
darán con él si hoy acude
á la reja.

AURORA. ¡Dios me ayude! *(Aparte.)*
¡Oh padre! me das temor. *(Alto.)*
No te arriesgues.

D. PEDRO. Aun me brinda
destreza y fuerza la mano.

AURORA. Vé, señor, que eres anciano.

D. PEDRO. No hay un mozo que me rinda.

SANCHO. Don Alfonso de Moncada *(Saliendo.)*
pide para entrar licencia.

D. PEDRO. Pase. *(Váse Sancho.)*

AURORA. Voyme. La presencia
de ese hidalgo no me agrada,
pues no há mucho me seguia
con amoroso ademan.

D. PEDRO. Hoy es rendido galan
de Julia y pienso queria

casarse con ella.

AURORA. Sí;
mas permite que me vaya.
Adios, mi señor. Mal haya *(Aparte.)*
el sosiego que perdí. *(Váse.)*

ESCENA II.

DON PEDRO, ALFONSO.

ALFONSO. Dadme á besar vuestra mano.

D. PEDRO. Sed, Moncada, bien venido,
que há tiempo que andais perdido,
aunque sabeis lo que gano
con vuestra amistad.

ALFONSO. Me honrais
y siempre en veros pensé,
mas mis negocios....

D. PEDRO. Ya sé
que con el duque privais.

ALFONSO. Disfruto de sus favores
y á más trabajo en su honor.

D. PEDRO. Siempre haya el rey mi señor
tan honrados servidores.
¿Y del duque, algun encargo
os trae?

ALFONSO. Con él no se entiende.
Don Lope de Silva emprende
hoy mismo un viaje largo
para asuntos del servicio,
y como deja á su hermana
y esta sola poco gana,
de mensajero el oficio
hago con vos, por si habeis
en vuestra casa hospedaje

para ella, hasta que el viaje
termine.

D. PEDRO. Si ya sabeis
que Julia es de Aurora amiga,
y amigo de Silva soy,
á todo obligado estoy,
pues al pedirme me obliga.
Mas ¿cómo él mismo no viene?

ALFONSO. Urgente es la comision
y parte sin dilacion;
mas al partir me previene
que de todos le despida.

D. PEDRO. No se irá sin que le vea.

ALFONSO. Daos prisa.

D. PEDRO. (*Llamando.*) ¿Diego?

ALFONSO. No sea
que adelante la partida,
que un hora falta no más.

D. PEDRO. Hay tiempo aun. Yo al instante
concluyo. ¿Mi acompañante
sereis?

ALFONSO. Y honrado además.

D. PEDRO. ¿Diego? (*Llamando.*)

ESCENA III.

DICHOS, DIEGO.

DIEGO. ¿Qué mandais?

D. PEDRO. Infiero
que si de casa me voy,
bien representado estoy
en tan noble caballero;
que si el cielo os ha traido
al estado en que os hallais,

pienso que nunca olvidais
la cuna en que habeis nacido,
ni yo que por vos la vida
conservo.

DIEGO. Aquesa es mi gloria.

D. PEDRO. Bien me dice la memoria
que me debeis una herida.
Y pues la sangre vertísteis
por mí, y en lance tan fiero
me tuvísteis de enfermero,
y obligado me tuvísteis;
dadme, D. Diego, una muestra
de vuestro aprecio á los dos:
(Por sí y por Aurora.)
cuidad de mi sangre vos
cual yo cuidé de la vuestra.

DIEGO. Cuidada más que la mia
estará.

D. PEDRO. Yo así lo creo.
Y permitid, pues ya os veo *(A Alfonso.)*
con tan noble compañía. *(Váse.)*

ESCENA IV.

ALFONSO, DIEGO.

ALFONSO. Solos nos deja, y celebro
la ocasion que me procura
la suerte.

DIEGO. ¿Cómo me honrais,
cuando visita importuna
tuvísteis de mi persona
esta mañana?

ALFONSO. Sin duda
olvidais cuánto os aprecio.

Placer tuve, que el que escucha
solicitudes de amigos,
y en sus ventajas se ocupa,
lejos de buscarse enojos
placeres sólo se busca.
Vuestro encargo está cumplido,
y aun buen resultado augura
mi buen deseo; que el duque,
á quien tuve la fortuna
de ver aquesta mañana,
diz que persona muy suya
vuestra gracia recomienda,
y que además os ayuda
ser hijo de un muy su amigo
compañero de aventuras.

DIEGO. No lo mencioné en el pliego,
pues la suerte tal adula
al duque con su privanza,
que al subir á tanta altura
pudiera haberse olvidado
de mi buen padre, y repugna
á mi honor mezclar el nombre
del que reposa en la tumba,
cuando tal vez se rechace
mi pretension, aunque justa.

ALFONSO. Mas decidme, ¿cómo os hallo
reducido á tan oscura
situacion? que el haber ido
esta mañana en mi busca
tan apriesa, me ha privado
hacer al caso preguntas.

DIEGO. Sucesos son del destino
que solo en mi mal se fundan.
Ya sabeis que con la muerte
de mi padre, su fortuna
pasó á poder de mi hermano,

que fué pasar á las uñas
de usureros codiciosos;
perdióse, que mal se ajusta
echar cargos á la hacienda,
sin darle ganancia alguna.
Muerto mi hermano, quedaba
á heredar sus desventuras,
y por librarme de enojos,
y ver mi suerte en la lucha
empeñada contra Flandes,
la bengala obtuve en suma,
y al mando de este buen viejo
que en sus haciendas me ocupa,
no diré que hice milagros,
mas sí luché con bravura.
Por él recibí la herida
que sobre el pecho se cruza,
y aunque grave, á pocos dias,
ansioso de empresas rudas,
salí al campo; que la muerte
no encuentra aquel que la busca.
Una bandera tomé
en el combate; ¡mal juzga
al mundo, quien vé su suerte
en los méritos que junta!;
que un compañero, envidioso
de mis bienes, dió en la injusta
tarea de murmurarme,
y hasta de poner en duda
mi valor: yo llegué á oillo,
y respondí con la punta
de la espada: quiso el cielo
ó mi desgracia, ó la suya
que la vida le quitase,
y aunque mis jefes procuran
librarme del compromiso,

pierdo bengala y fortuna,
que ello fué perder la vida.
Solo en Flandes, me pregunta
don Pedro, que ya achacoso
se retira de la lucha,
si á la córte le acompaño;
cedo por si al cabo triunfa
la razon de la injusticia;
vengo á esta casa y me ocupa
en sus haciendas D. Pedro,
y en vos, al fin me procura
la suerte un leal hermano.

ALFONSO. Hoy lo seré más que nunca
pues necesitais mi apoyo;
y pues la suerte me ayuda
hé de cumplir vuestro anhelo.

DIEGO. Recibid mis gracias, juntas
con este apreton de manos.

ALFONSO. Vuestras gracias me importunan
por lo que han de inmerecidas.

DIEGO. Las retiro si os asustan.

ESCENA V.

DICHOS, SANCHO.

SANCHO. Don Pedro espera en la calle
y me envia en vuestra busca.

ALFONSO. Voy al punto. Mas atiende: (*Aparte á Sancho.*)
¿eres fiel?

SANCHO. ¡Eso preguntas!
Lacayo soy por oficio.

ALFONSO. ¿Eres callado?

SANCHO. Una tumba.

ALFONSO. ¿Te gusta el oro?

SANCHO. No más
que aquello que á todos gusta.
ALFONSO. Pues apara. (*Dándole una moneda.*)
SANCHO. Ya le aparo
aunque me queme las uñas.
ALFONSO. ¿Sabes bien de ser tercero?
SANCHO. Y aun de cuarto si me untan.
ALFONSO. Un lance de amor te pago.
SANCHO. Obtenga tu amor fortuna.
¿Es con mujer de esta casa?
ALFONSO. Esta casa es como suya.
SANCHO. No digas más, que ya veo
á quien sirvo y á quien buscas.
ALFONSO. ¿Me ayudarás?
SANCHO. Ya me tienes,
señor, trocado en ayuda.
ALFONSO. Pues nada has de hablar.
SANCHO. Soy mudo.
ALFONSO. Y nada has de oir.
SANCHO. Ajusta
tapones á mis orejas,
si de mis orejas dudas.
ALFONSO. Vóyme.
SANCHO. Permitid que os sirva
hasta el zaguan... que os conduzca
quise decir.
ALFONSO. Asi acepto. (*Vánse.*)
SANCHO. Un doblon para la bucha. (*Aparte.*)

ESCENA VI.

SANCHO, *á poco* INÉS.

SANCHO. Sancho, parióte mujer
con tal suerte y con tal tino,

que en vez de nacer pollino,
tan hombre te hizo nacer,
que por vana comision
de mujeriles antojos,
auguras ricos despojos,
y como seña un doblon.
Y pues tan lucido sales,
y diz hablando de bienes:
«tanto vales cuanto tienes»
tanto tienes cuanto vales.

ESCENA VII.

SANCHO. INÉS.

SANCHO. ¿Mas quién llega? ¡una mujer!
¡Inesilla!
INÉS. Guárdeos Dios.
SANCHO. El me guarde, Inés, de vos,
pues sois lo que hay que temer,
INÉS. Miren que galan se muestra
mi lacayo.
SANCHO. No te alteres,
que hablar de Dios, cuando eres
en lo de guardar maestra,
dejóme al pronto sin tino.
¿Y á que debo esta venida?
INÉS. A pedir.
SANCHO. Raro es que pida
pues tomar es el camino.
INÉS. ¿Toméle yo, marrullero,
alguna cosa?
SANCHO. ¡Pues nó!
Si el alma te he dado yo,
tú tomaste mi dinero.

INÉS. Ese es un caso sencillo
puesto que tan franco eres.

SANCHO. Mas dar algo á las mujeres,
es quedarse sin bolsillo.
De una manceba me acuerdo
á quien eché por su maña,
y hasta las telas de araña
se llevó como recuerdo.
Estrañóme esta osadía,
y pregunté á la raposa,
cómo andaba tan curiosa
que hasta mi hacienda barría;
y ella me dijo síncera,
que limpiaba previsora,
para que su sucesora
no supiese que lo era.
¡Antes, esclamé, la ayuda
á saberlo esta humorada!
que donde no queda nada
ha habido mujer sin duda.

ESCENA VIII.

DICHOS, JULIA, UN CRIADO.

JULIA. Dí á mí hermano y mi señor (*Al criado.*)
que quedo en casa de Aurora. (*Váse el criado.*)
¿La avisaste? (*A Inés.*)

INÉS. Voy agora;
pues aqueste servidor
me detuvo.

SANCHO. ¡Antes fué ella
la que me detuvo á mí!

JULIA. Entra á avisarla; ¡que así
mi voluntad se atropella

cuando algun encargo doy!

INÉS. Señora....

JULIA. Nada me digas.

(Vánse: Inés, primera, izquierda, y Sancho, foro.)

ESCENA IX.

JULIA sola.

Para aumentar mis fatigas
en casa de Aurora estoy.
¡Cómo mis males previene
la suerte, pues me obligó
á vivir con la que amó
Alfonso! Si á casa viene,
y á su vista el fuego acude,
que quizá en su pecho vive
¿qué dichas mi amor concibe,
para que en su amor no dude?
Que aunque se muestre rendido,
¿quién queda segura, quién,
de que se la quiera bien,
si quien la quiere ha querído?
Ella viene, que en mis ojos
no advierta la pena mia,
que pueden darla alegría
tal vez mis tristes enojos.

ESCENA X.

JULIA, AURORA.

AURORA. ¡Julia! *(Besándola.)*

JULIA. Tu huéspeda soy,

que por partirse mi hermano
tales ventajas me gano.

AURORA. Yo gracias al cielo doy
por la dicha que me ofrece,

JULIÁ. Alfonso en su nombre vino;
mas como debe el camino
emprender, pues ya anochece,
no quiso esperar su vuelta,
y desde luego me envia,
pues por tu padre confia
que ha de ser cosa resuelta.
Y yo á servirle me obligo
como hija, que el acceder
á mi empeño...

AURORA. Es un deber,
que es tu hermano muy su amigo,
y al mostrar en la eleccion
que esta casa le complace,
una gran honra nos hace;
y así de oculta aficion
me ayudarás á llevar
la pena que me ocasiona;

JULIA. ¿Tú penas?

AURORA. ¿Quién no eslabona
la dicha con el pesar?

JULIA. ¡Tú, Aurora, que sin cautela
de todo temor prescindes,
y ni al afecto te rindes,
ni la pasion te desvela!

AURORA. ¿Duélete aun por ventura
el empeño de Moncada?

JULIA. Fuera exigente ó menguada,
que su afecto me asegura.

AURORA. Oye, pues, de mi tormento
la historia.

JULIA. Soy toda oidos.

AURORA *Más que mi voz te revele
*te han de decir mis suspiros,
*que son lenguaje del alma
*las esencias del cariño,
*y si del pecho amoroso
*el elocuente latido
*la voz en el cuello anuda
*y pone el semblante tinto,
*cuando no escuches palabras,
*que faltan en el conciso
*idioma que nos enseñan
*para expresar el cariño,
*en el rubor de mi cara,
*si no letras, habrá indicios.
Que es de un hombre la querella
decirte no necesito;
que soy mujer, que soy niña,
y sufro el primer martirio.
Desdenes lloro de amores,
aunque me agravie el decirlo,
que ser él el desdeñoso
no es la costumbre del siglo.
En sombras corrió mi vida
alejada del bullicio,
pues por temor á la afrenta,
por tener vida, no vivo;
¿y qué mucho, yendo á oscuras
falta de guia y sin tino,
que andando sin luz y á tientas
haya dado en el peligro?
En él dí, que ha sido dar
en el amor más esquivo,
pues aunque amores me piden
no vienen á recibirlos.
Yo no conozco al amante,
guardador de este castillo;

muralla de mi hermosura,
agreste y agudo risco
que en el mar de las pasiones
es muerte del atrevido
que busca en mi amor el puerto,
término de su camino.
Su acento jamás ló escucho
sino en forma de rugido,
valiera más no escucharle
que es nuncio de desafio.
Guardador de mi ventana,
donde apenas le distingo,
con furia loca arremete
á cuantos en el sigilo
de la noche se deciden
á pasar del cobertizo.
¿Es esto amor que me tiene
y celos del aire mismo?
¿Es que vengarse desea
por algun agravio mio
y me condena á una vida
de inquebrantable martirio?
No lo sé; pero el misterio
que envuelve al galan altivo,
sus cartas que hallo en mi casa
y aun en mis propios vestidos,
mi corazon abrasaron
y ardiendo en amores gimo.
Jamás á hablarme se acerca
ni ver su rostro he podido,
aunque para mis pesares
solo con ánsia suplico
que pues soy su prisionera
y entre cadenas me aflijo,
deje á traves de los hierros
que mire el sol por quien vivo.

JULIA. Es estraña esa quimera;
mas si á escribir se decide,
¿en esas cartas que pide?
AURORA. Solo me pide que muera.
JULIA. ¿Nada en ellas te precisa?
AURORA. Solo ensalza su pasion:
oye la dulce espresion
que hallé en mi libro de misa.
«Señora, que del cautivo (*Lee.*)
en tus amores de acero
eres el puñal esquivo;
imposible por quien muero,
y esperanza por quien vivo.
Aurora, que en lontananza
describes en tintes rojos
luz que á mis ojos alcanza,
brindando el dia á mis ojos
y la noche á mi esperanza.
Si la sombra me proteje
por el temor de agraviarte,
ya de cerca he de mirarte,
aunque tu vista me deje
sin aliento para hablarte.
Muera yo, muera embriagado
por amante frenesí,
que es más vida para mí,
morir, hermosa, á tu lado,
que hallar la vida sin tí.
Mañana iré, mas si hacerme
más desgraciado deseas,
del recato he de valerme,
porque en tu casa has de verme,
de modo que no me veas.
Perdona si hallas dolores
en mis amantes antojos,
que son injustos rigores

morirme por tus amores
sin que me maten tus ojos.
Adios, que el alma te envia
el amor que es mi ventura;
esperando el alma mia,
con la luz del nuevo dia,
el cielo de tu hermosura.»

JULIA. Es entendido el galan.

AURORA. Entiendo que en mal entiende;
pues con versos me pretende,
segun demuestra su afan,
al par que esquivo y severo
mis esperanzas destruye.

JULIA. Teme el amante que huye
ser vencido y prisionero.
Persíguele con rigor
y obtendrás nupciales galas,
que si el miedo tiene alas
tambien las tiene el amor.

AURORA. Mal puede seguir su paso
mi amante desasosiego,
que dicen que amor es ciego.

JULIA. ¿Tiene vista el miedo acaso?
Y él á tu gusto se inclina,
puesto que hablarte desea.

AURORA. De modo que no le vea.

JULIA. Torpe amor, si no adivina.
Mas siento pasos.

AURORA. Será
mi padre.

ESCENA XI.

DICHAS, D. PEDRO, INÉS *con luces.*

D. PEDRO. Guardeos el cielo.
JULIA. El á vos.
D. PEDRO, á JULIA. Con grande anhelo
el encargo se me dá
de serviros: vuestro hermano
que ahora de partir acaba,
tal sorpresa me guardaba,
y yo á su gusto me allano,
pues ha sido darme muestra
de que me aprecia en lo justo;
mandad, pues, á vuestro gusto
porque mi casa es muy vuestra.
(*Ruido de espadas.*)
Voz dentro. ¡Favor!
INÉS. ¡Jesús!
JULIA. ¿Más qué pasa?
D. PEDRO. ¡Ira del cielo! ¡esto más!

ESCENA XII.

DICHOS, SANCHO.

SANCHO. ¡Ya está otra vez Satanás
á la puerta de la casa!
D. PEDRO. Pues no ha de ser su destreza
abrigo de su osadía. (*Queriendo salir.*)
AURORA. ¡Señor! (*Deteniéndole.*)
D. PEDRO. Suelta.
SANCHO. ¡Qué porfía!

¿Has perdido la cabeza?
Nota que al pasar miré
desde el zaguan, y por Cristo
que más diestro no le he visto.

D. PEDRO. Dejadme ó matadme.

SANCHO. Vé
que es en vano acometelle,
y tiene aspecto tan grave,
que hasta el ojo de la llave
ha cegado por no velle.
(*Cesa el ruido.*)

D. PEDRO. Dejad que cumpla el deseo
de castigarle.

AURORA. No irás.

SANCHO. Pero, señor, ¿á qué vas
si ya ha cesado el jaleo?

D. PEDRO. Plegue á Dios que en su mal sea.

SANCHO. Plegue á Dios, si con él puede.

AURORA. Plegue á Dios que no me quede (*Aparte.*)
sin vida en esta pelea.

SANCHO. Diego viene.

ESCENA XIII.

DICHOS, DIEGO.

DIEGO. ¡Suerte impia!
del lance he sido testigo.

D. PEDRO. ¿Ha muerto ya ese enemigo?

AURORA. ¿Vive ese hombre todavía?

DIEGO. Con furia le arremetí,
y aunque el suceso me irrite...

D. PEDRO. Acaba.

DIEGO. Al primer envite
broquel y espada perdi,

Pudo matarme su acero
y vivo por su hidalguía.

D. PEDRO. ¿Pero á quién acometia?

DIEGO. A un bizarro caballero
que halló próximo á la reja,
y á quien merced á sus brazos,
ha llevado á cintarazos
hasta el fin de la calleja.
Al ruido, como cohetes,
acuden con ardimiento
y le acometen, un ciento
de alguaciles y corchetes.
Y en lo que dura una copla
hirió, asustó, derribó...

D. PEDRO. ¿Y al cabo?

DIEGO. Desapareció.

SANCHO. ¡Es claro! ¡como quien sopla!

D. PEDRO. ¡Voto á Dios! ¡Haceis alardes
firmes de bizarro afán,
y á la vista de un rufian
escapais como cobardes!
¡Contra un hombre más de cien
y con empuje violento
se abre paso en un momento!

SANCHO. ¡Por Cristo que dice bien!
Que es insigne cobardía
ó incomprensible torpeza:
si yo salgo, la cabeza
le corto.

INES. ¡Qué bizarría!
Y siendo tan atrevido,
en vez de estar en acecho,
dime; ¿por qué no lo has hecho?

SANCHO. ¡Toma! porque no he salido.

ESCENA XIV.

DICHOS, UN ALCALDE.

ALCALDE. Hagan paso á la justicia.
D PEDRO. Señor alcalde...
ALCALDE. Por Dios,
don Pedro, que solo vos
libre os veis de la malicia
en el caso que me trae
por lo mucho que se os debe;
pero el infierno me lleve
si en poder mio no cae
el autor de estos sucesos
que me hacen perder el tino.
D. PEDRO. Ved, señor, que no apadrino
tan criminales excesos.
ALCALDE. Ya lo sé, mas advertid
que no es mi inquietud en balde,
pues siendo en Madrid alcalde,
ocurre tal en Madrid.
D. PEDRO. Si á vuestro poder escapa
no es fundada vuestra queja.
ALCALDE. Decís bien; mas hoy se deja
en nuestras manos su capa.
Ved pues la suerte la envia
si con sus señas pregona
el nombre de la persona. (*Se la dá.*)
D. PEDRO. ¡Viven los cielos, que es mia. (*Aparte.*)
Si en la calleja se halló
ya me dice lo bastante.
JULIA. En los hombros de mí amante (*Aparte.*)
he visto esta capa yo.
AURORA. A Alfonso prestó esa prenda (*Aparte.*)

mi padre; luego era él
mi galan.

JULIA. ¡Suerte cruél! (*Aparte.*)

AURORA. ¡Que él me estime! (*Aparte.*)

JULIA. (*Aparte.*) ¡Que él me venda!

D. PEDRO. Nada dice este despojo. (*Alto.*)

ALCALDE. Vedle bien.

D. PEDRO. Le tengo visto.

ALCALDE. Dadme acá; mas, vive Cristo,
que pague caro el enojo (*Toma la capa.*)
el cobarde que me humilla;
que no ha de burlar la ley,
siendo yo, á nombre del rey,
el alcalde de la Villa.
Dios os guarde. (*Vase.*)

D. PEDRO. Se me alcanza (*Aparte.*)
quién pueda ser el autor.

JULIA. Hoy se disipa mi amor. (*Vase derecha.*)

AURORA. Hoy sucumbe mi esperanza. (*Vase izquierda.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

(La misma decoracion.)

ESCENA PRIMERA.

DON ALFONSO Y DON PEDRO.

D. PEDRO. El cielo os trajo sin duda,
don Alfonso, porque hablaros
queria.
ALFONSO. Pues yo á rogaros
vengo que me deis ayuda.
D. PEDRO. ¿De mi apoyo hais menester?
Yo os le prometo cumplido;
¿qué lances os han traido?
ALFONSO. Amores de una mujer.
D. PEDRO. Pues de ello hablaros queria.
ALFONSO. Dóime ya por satisfecho.
D. PEDRO. No es lo que anoche habeis hecho
propio de vuestra hidalguía,
y nunca pensado hubiera
tanta avilantez en vos.
ALFONSO. Tened, don Pedro, por Dios,
que aunque esa estraña quimera
es por mi desconocida,
con razon ó sin razon
quien agravia mi opinion
suele pagar con la vida.
De cáutos es el consejo;

propia la temeridad
juzgan de la mocedad,
y la prudencia del viejo;
mas pierde el concepto mucho
en la práctica, cual veis,
que vos viejo me ofendeis,
y yo jóven os escucho.

D. Pedro. Jamás acepté lecciones
de quien falta á su nobleza.

Alfonso. Ved que es poca esa grandeza
para humillar mis blasones,
y acabe tanta porfia,
que ya el enojo me exalta:
si un contrario os hace falta
en mí la suerte os le envia.
Hablad si os place, en razon;
que no es posible que entienda
si de esta estraña contienda
no conozco la ocasion,
y dejad esa altivez,
aunque el asunto lo exija.

D. Pedro. Sois el galan de mi hija.

Alfonso. ¡Acabárais de una vez,
que de saber era hora
la causa de este quebranto!
Por Dios, que causóme espanto
vuestro rigor, y que agora
risa tan solo me aqueja
de ver vuestro enojo ciego;
tened el injusto fuego
que en el rostro se refleja,
que os juro por vida mia
que jamás he pretendido
á Aurora.

D. Pedro. Lo sucedido
esplicadme.

ALFONSO. Yo lo haria
si el suceso conociera.
D. PEDRO. Sabeis que graves cuestiones
me traen en murmuraciones
con la malicia de fuera,
y que aleves emboscadas
sufren los inadvertidos,
y no hay noche sin heridos
ni noche sin estocadas.
ALFONSO. La cuestion me es conocida
y merece mi reproche
tal esceso.
D. PEDRO. Pues anoche
fué la cuestion repetida:
siempre el medroso se escapa,
y este esquivó la contienda;
pero dejóse una prenda
y es esta prenda su capa.
ALFONSO. ¿Y por ella colegisteis
que era yo el galan?
D. PEDRO. Si á fé;
que es la misma que os presté
cuando sin ella vinisteis.
Y así, cuentas que pediros
tengo de cuanto pasó;
que la capa que os cubrió
sirvió para descubriros.
ALFONSO. A fé que el lance es estraño
y malicio del suceso
que ha de acabar este esceso;
mas no ha de ser en mi daño,
que aunque la suerte me venda
por el galan que conjuro,
ayer, don Pedro, os lo juro,
salió de casa esa prenda.
D. PEDRO. ¿Pues á quién la disteis vos?

ALFONSO. No lo sé; que á aquesa hora
yo estaba fuera, y se ignora
quién fué á buscarla.

D. PEDRO. Por Dios,
que poco escusa teneis,
y la razon no me obliga.

ALFONSO. Basta con que yo la diga,
pues crédito me debeis
por mi nombre y por mi fama;
mas si en aquesa quimera
seguis, ved que mal pudiera
andar en lances de dama
ni en alardes de valor
durante la noche, cuando
la pasé ayer despachando
con el duque mi señor.

D. PEDRO. Pues por ahorrar la querella,
en mi casa pregunté;
y os digo que nadie fué
de aquesta casa por ella.

ALFONSO. Será así, mas si reacio
andais en lo sucedido,
don Pedro, en disculpa os pido
que me sigais á palacio,
y allí os podreis informar
de si es mi dicho sincero.

D. PEDRO. Aceptado, mas espero
que me habeis de acompañar.
Y perdonad si mi enojo
hizo en vos profunda mella,
que es tan triste la querella,
que cualquier idea acojo
si puede dar luz al caso.

ALFONSO. Yo disculpo vuestro esceso,
que hay para perder el seso
con tan estraño fracaso.

D. PEDRO. Y decidme la intencion
que á vuestra casa tragisteis:
que si á pedirme, vinisteis
á pedirme obligacion.

ALFONSO. En vuestra casa se hospeda
Julia.

D. PEDRO. Sé que amor os debe,

ALFONSO. Y no es fundado que pruebe
tormento que amor me veda
Su hermano de cuanto pasa
tiene idea, y me permite
que en su casa la visite:
¿podré verla en esta casa?

D. PEDRO. Deploro ser más cruel
que tan cercano pariente;
mas si su hermano consiente,
nada me dijo; ved si él
por carta os abre esta puerta,
y estoy dispuesto á serviros,
que asi he de retribuíros
de la pasada reyerta.

ALFONSO. Yo os doy gracias.

D. PEDRO. Y pues creo
que la tardanza os enfada,
voy por sombrero y espada.
¿Vendreis?

ALFONSO. Asi lo deseo.

D. PEDRO. Esperad. (*Vase.*)

ESCENA II.

ALFONSO *y á poco* JULIA.

ALFONSO Deme templanza
el cielo, que ya me ofende

en quien amigo se vende
tan grave desconfianza.
Hartos fueron los rigores
de Aurora para que hoy
la pretendiera, ¿y no estoy
contento de mis amores?
¿Cuál será la habitacion
(*Mirando á la puerta de la derecha.*)
de Julia? pero ¿no es ella?
me ha visto y viene: ¡qué bella!

JULIA. Dios os guarde.

ALFONSO. ¿Qué razon
ocasiona ese disgusto
que en vuestro semblante leo?

JULIA. No os estrañe, porque creo
que no se me pase el susto.

ALFONSO. Amor tan asustadizo
que en mi presencia se altera,
más que pasion verdadera
parece afecto postizo;
que no ha de hallar un reproche
quien busca asilo amoroso.

JULIA. Dejad á amor en reposo,
que aun no ha llegado la noche.

ALFONSO. Si amor nocturno os aqueja,
libre ya me considero.

JULIA. Es el vuestro prisionero,
porque suspira á la reja,

ALFONSO. Tal vez, pues vive en prisiones.

JULIA. Ruído de aceros sentí
á deshora, y presumí
que eran vuestros eslabones.
Mas si tan dulce es amar,
á pesar de la condena,
¿por qué agitais la cadena?
¿es que tratais de escapar?

ALFONSO. ¿En ese engaño tambien
habeis dado?

JULIA. Son locuras;
mas no os sorprenda, que á oscuras,
tan solo sombras se ven.

ALFONSO. Volved al cándido pecho
la calma que de él se aleja;
no rompais con vuestra queja
de mi amor el nudo estrecho;
que si por ello sufris,
á mis halagos rendida,
¿por qué me negais la vida,
si con mi vida vivís?
Dicen que en amor los celos
ejercen firme influencia;
mas si amar es la existencia
que se disfruta en los cielos,
es el dicho torpe error;
que dudar de la mujer,
es á mi corto entender
un purgatorio de amor:
á vuestro pecho ascendí,
que fué llegar á los cielos;
creeré si os aquejan celos
que de los cielos caí.
No permitais que perezca
privado de esa hermosura.

JULIA. Omitid tanta dulzura
y esperad á que anochezca.

ALFONSO. ¿Persistis en tal intento?

JULIA. No os obstineis en fingir
que no me ha de persuadir
tan amante sentimiento.
Vamos por distintas sendas
que destruyen nuestro afan,
y no quiero por galan

amante que suelta prendas.
ALFONSO. Escuchad.
JULIA. No tengo oidos
para palabras que mienten.
ALFONSO. Permitid...
JULIA. Nada consienten
los enojos merecidos.
ALFONSO. Atended.....
JULIA. Hablais en balde.
ALFONSO. Mas convenid.....
JULIA. No convengo.
ALFONSO. Os daré informes.
JULIA. Los tengo.
ALFONSO. ¿De quién fueron?
JULIA. De un alcalde....
ALFONSO. ¿Y son?...
JULIA. Un galan que escapa
por amor ó por enojo
ALFONSO. ¿Qué más pruebas?
JULIA. Un despojo.
ALFONSO. ¿Y es el despojo?...
JULIA. Una capa.
ALFONSO. ¡Por Dios que ese desvarío
es tal como le pensé!
JULIA. ¿Habeis dado en el por qué?
ALFONSO. He dado en él, y me rio;
que fuera necio privarme
de vuestra grata hermosura,
cuando toda esa locura
acaba al justificarme:
ved como no merecí
la ofensa que me agravió,
que si esa capa se halló,
no fué llevada por mí.
Devuelta por la mañana
fué á un criado...

JULIA. No comprendo.
ALFONSO. Mas perdida á lo que entiendo...
JULIA. Fingis tan de mala gana
que distingue el artificio
quien menos de engaño entienda ;
cayó por siempre la venda
de mis ojos, y malicio
que más se descubre y crece
con la disculpa el quebranto. (*Llora.*)
ALFONSO. La que se agravia con llanto
desagraviarse apetece.
JULIA. No, aleve; no, fementido;
no, tirano; no, embustero;
no, falso y mal caballero:
si á tu cariño fingido
mi firmeza se rindió,
mal haces si amor esperas:
si no quiero que me quieras
¿cómo he de quererte yo?
ALFONSO. No pretendas, dulce encanto,
fingirme locos rigores
que dan vida á los amores;
pues si me dice tu llanto
que con esperanza lucho,
mal procuras ofenderme,
que si no quieres quererme ,
ya sé que me quieres mucho. (*Tomándole la mano.*)
JULIA. Déjame.
ALFONSO. Mi amor anhela (*Intentando besarla.*)
que anide aquí....
JULIA. ¡Qué porfía!
lo que en el nido se cria
al menor descuido vuela.
ALFONSO. Calla.
JULIA. No.
ALFONSO. ¡Que es en tu daño!

JULIA. No admito fingido dueño.

ALFONSO. Pues ya me ofende tu empeño,
cuanto me agravia tu engaño;
sigue, pues, en tu mudanza,
que de tu afecto me mudo,
que no es tan firme el escudo
que defiende mi esperanza,
ya advierto la novedad,
que, pues tu afecto se trunca,
quizás otro amante....

JULIA. Nunca
dijisteis mayor verdad.

ALFONSO. ¡Y esto sufro!

JULIA. Por sufrido
á cuenta de mis rencores.

ALFONSO. Dime: sirena de amores,
débil luz; angel fingido;
¿es este afecto el sincero
que tu labio me ofreció?
¡Malhaya el necio que dió
abrigo á amor embustero!
Mas ya mi enojo me dice
que libre de amor me pones;
ya acallé mis ilusiones
y mis cadenas deshice:
ya, rompiendo mi prision,
dejo á mi amor en ausencia;
ya de mi estraña dolencia
obtengo la curacion.
Adios, que no ha de ser mia
la que mi afecto destruye.

JULIA. Detente.

AEFONSO. Deja al que huye
felíz con tu alevosía.

JULIA. No te irás.

ALFONSO. Adios.

JULIA. Repara
que ya no riño y te ruego.
ALFONSO. Eso quede para luego,
JULIA. Atiende.
ALFONSO. No.
JULIA. Ya declara
mi labio que vivo en tí.
ALFONSO. Si es tu esperanza calmarme,
has de venir á buscarme
ó has de pasarte sin mí.

ESCENA III.

JULIA, é INES *entrando*.

JULIA. Oye.
INES. ¿Llamas?
JULIA. Tenle, Inés,
ó ha de matarme el afan.
INES. Ya ha salido del zaguan,
y tal aprieta los piés,
que más parece que huye
que de la dama se aleja.
JULIA. ¡En sombras mi vida deja
si con mi afecto concluye!
¡Pluguiera, Inés, á los cielos
que no me encontrára hoy!
INES. ¿Qué os pasa?
JULIA. Calla, que estoy
loca de amor y de celos.

ESCENA IV.

DICHOS, DON PEDRO y SANCHO.

D. PEDRO. ¿Y Moncada?
INÉS. Se marchó.
D. PEDRO. ¿Que se fué?
INÉS. Como una flecha.
D. PEDRO. Mas se afirma mi sospecha, (*Aparte.*)
pues burlado me dejó
cuando esperarme debia;
mas si él se muestra reacio,
yo iré á informarme á palacio,
y si me engaña, á fé mia
que su plan se desconcierta
pues doy fin á la cuestion.
Sancho, cierra á la oracion, (*Alto.*)
y cuida bien de la puerta.

ESCENA V.

DICHOS, *ménos* DON PEDRO.

SANCHO. Endiablado el viejo vá; (*Aparte.*)
mas, pues se marcha, ya es hora
de que avise á mi señora,
por si el encargo me dá. (*Vase izquierda.*)
JULIA. ¡Ay, Inés!
INES. ¿Señora mia?
JULIA. ¡Qué poco la dicha dura!
INES. ¿Dime qué lance te apura?

¿por qué pierde la alegría
tu rostro?

JULIA. Porque se vá
con Alfonso mi esperanza.

INES. ¿Pésate de su mudanza?

JULIA. ¡Si no vuelve!...

INES. Otro vendrá,
eres hermosa, doncella,
la fortuna te regala,
y aunque somos carne mala,
no han de pasarse sin ella,

JULIA. Ni me agrada ni está bien
que te olvides de quien eres.

INÉS. Perdona, mas si le quieres
¿hay más que decirle ven?
Si le escribes, vuelve á tí;
por un—mi bien, ven á prisa—
dá un hombre hasta la camisa,
muchos la dieron por mi.

JULIA. Eres nécia.

INES. No lo niego,
mas verás que no te engaño.

JULIA. ¿Qué haré? fuera mayor daño
escribirle; que si el ruego
no estima....

INES. ¡De buena gana!

JULIA. ¿Más?.....

INES. ¡Qué temor y qué afan!
dime, ¿no es llamar galan
asomarse á la ventana?
pues lo usan á cada instante
las mozas que es un portento,
y al decir que toman viento,
lo que toman es amante.

JULIA. Basta ya.

INES. ¿Mas no le escribes?

JULIA. Por darte gusto no más.
INES. A mí el mensaje me dás
que el gusto tú le recibes.
(*Vánse primera derecha.*)

ESCENA VI.

SANCHO.

En cuatro letras me puso
lo que su pecho sentia,
quien hizo la escribania
tantos escollos dispuso,
que fué obligar á caer
al ángel más hechicero;
pues vá dentro de un tintero
el honor de la mujer,
la frase el estilo emboza,
y ni molesta ni abruma;
mas prende honor en la pluma,
si toma tinta una moza:
voyme pues. (*Vá á salír.*)

ESCENA VII.

DICHO é INÉS.

INÉS. Vuelvo enseguida.
SANCHO. ¿Dónde vá la callejera?
INES. Con recado.
SANCHO. ¿Mensajera?
¿es recado de venida?
INÉS. ¿Quién le mete á descubrir
lo que una lleva oportuna?
SANCHO. ¿Y qué es lo que lleva una

que no se puede decir?

INES. Diga él á dónde camina.

SANCHO. No es secreto mi viaje.
Hánme hecho de mozo paje,
(Mostrando la carta.)

INES. Y á mí de moza madrina. *(Id.)*

SANCHO. Dadme acá.

INES. ¿Qué pretendeis?

SANCHO. Ver el nombre.

INES. Aqueso vos,

SANCHO. Veamos, Inés, los dos,
si tan curiosa os haceis.
(Toma la carta que lleva Inés.)
«A Don Alfonso Moncada *(Lee.)*
y Pimentel,» aquí dice,
¡Dios me valga! pues mal hice
en daros cuenta de nada.

INES. ¿Por qué?

SANCHO. Porque al propio dueño
van las dos, ó yo estoy loco.

INES. Dadme acá.

SANCHO. No me equivoco,
que es doble el amante empeño.

INES. Sospecho que estais dormido.

SANCHO. Ved curiosa si os agrada.
«A Don Alfonso Moncada;» *(Lee la que él trae.*
falta el segundo apellido,
y el asunto es á fé mia
de interés, porque ví yo
que la niña no firmó.

INES. Tampoco firmó la mia.
Cuidado no las troqueis;
mas por la letra no hay miedo
de cambiarlas.

SANCHO. Poner puedo
á que no las conoceis.

Vedlas.

INES. Parecidas son.

SANCHO. ¡Iguales querreis decir!

INES. ¿Mas como fué el escribir
Aurora en esta ocasion?

SANCHO. Como que es la pretendida
de don Alfonso Moncada;
que la joya más guardada
es siempre la más querida.

INES. Descúbreme todo el plan,
porque algun indicio tome.

SANCHO. Hace poco, preguntóme
si conocia al galan
en sus redes prisionero;
yo aclaré su confusion,
que Alfonso dióme un doblon
porque fuese su tercero
con ella, luego el doncel
que defendiendo la reja,
suspira en amante queja,
es Alfonso.

INÉS. ¿Con que es él?

SANCHO. Ella me dijo que habia
hallado en su libro ayer
una carta, en que, á mi ver,
venir hoy le prometia.
Y ved aquí la respuesta
donde se niega ó le llama.

INÉS. ¡Bueno! diréla á mi ama. (*Aparte.*)
¿Sabré yo lo que contesta? (*Alto.*)

SANCHO. Cierto.

INÉS. Pues voy, que si aquí
nos hallan desprevenidos.

SANCHO La de los dos apellidos
es del ama.

INÉS. No es así,

Que esa es la que yo traia;
vé bien.

SANCHO. Tu temor es vano;
pues vés que está en esta mano,
(*por la derecha*)
bien claro dice que es mia.

INÉS. No estoy cierta.

SANCHO. Si no estás,
yo sí.

INÉS. Pues de tí me fio.

AURORA. ¿Así cumples? (*Saliendo.*)

SANCHO. Voy. (*Vase.*)

INÉS. ¡Dios mio!
¡mi señora!

JULIA. (*Saliendo.*) ¿No te vás?

INÉS. Es que os habré de decir... (*Aparte á ella.*)

JULIA. ¿Vas á disculparte agora?

INÉS. No tal; es que doña Aurora
ahora acaba de escribir
á don Alfonso.

JULIA. ¡Qué horror!
Bien mi temor me avisaba
que con mi afecto jugaba;
¿mas quién dijo?....

INÉS. El portador;
que á todo el cariño obliga,
y Sancho...

JULIA. Pues vé ligera
y con cuidado te entera
de lo que á Sancho le diga. (*Vase Inés.*)

ESCENA VIII.

JULIA y AURORA.

AURORA. No vendrá; fuera locura, (*Aparte.*)
pues le revela el papel
que nunca he fundado en él
la causa de mi ventura.
JULIA. Aurora, estás impaciente.
AURORA. ¿Tal dices?
JULIA. Tal me declara
la palidez de tu cara
y tu confusion. ¿Qué siente
ese alma apenas dormida
cuando al amor se despierta?
AURORA. Mal con amar se concierta,
verme triste y abatida.
JULIA. Celosa puedes estar.
AURORA. Sin esperanza, podria.
JULIA. ¿No te quiere?
AURORA. No querria
que me quisiera.
JULIA. A juzgar
por lo que ayer me dijiste,
es suyo tu corazon.
AURORA. Engaños pueriles son,
en los que torpe creiste.
Poco sabes de ficciones,
lo veo.
JULIA. Quiere engañarme. (*Aparte.*)
AURORA. ¿Puedo, tan pronto, mudarme
de afectos ó inclinaciones?
Sabes que nunca he querido.
JULIA. Mas bien pudieras querer.

AURORA. No me decido á escoger
al que ha de ser mi marido.

JULIA. ¿Y acaso no te dá pena
que, con violentos afanes,
riñan por tí los galanes?

AURORA. Riñan muy enhorabuena;
que si á ninguno admití
ni aun he pretendido vellos;
ellos se matan por ellos,
mas no se matan por mí.
Y si despues del combate
sin mi amor se han de quedar;
dime ¿qué podrá lograr
el que muera ó el que mate?
Mucho Sancho se retarda (*Aparte.*)
que la casa está vecina.

JULIA. Muy despacio Inés camina, (*Aparte.*)
cuando mi anhelo la aguarda.
¿A Sancho hiciste salir? (*Alto.*)

AURORA. Vuelve pronto.

JULIA. ¿Y á qué fué?

AURORA. Es secreto.

JULIA. Ya lo sé.

AURORA. ¿Qué es lo que quieres decir?

JULIA. Nada; no viene. (*Aparte.*)

AURORA. ¿Será
que sospecha? (*Aparte.*)

JULIA. Siento ruido.

AURORA. ¡Sancho! (*Al verle.*)

SANCHO. Volando he venido. (*Saliendo.*)

AURORA. ¿Y qué dijo?

SANCHO. Que vendrá.

AURORA. ¿Que vendrá? ¡suerte funesta!
¿mas cómo si le indicaba
que su afecto no estimaba
que ha de venir me contesta?

JULIA. Llégate, Inés. (*Al verla.*)
INES (*Saliendo.*) Poco á poco,
que aun no aliento.
JULIA. ¡Nécia eres!
¿Dijo?...
INES. Que si no le quieres
él no te quiere tampoco.
JULIA. ¿Así responde á una cita?
Bien merece su desprecio
mi afan. Dime, ¿y á ese necio
que le contestó?
INES. Tu cuita
he de aumentar si lo digo.
JULIA. Acaba.
INES. Que viene agora.
JULIA. ¡Tan galante para Aurora
y tan adusto conmigo!
AURORA. ¡Qué haré! si le encuentra aquí
Julia, creerá que la vendo. (*Aparte.*)
¿No te recoges? (*Alto.*)
JULIA. Ya entiendo (*Aparte.*)
lo que intenta.
AURORA. Noto en tí
no sé qué estraña mudanza:
¿estás enferma?
JULIA. Tal creo.
AURORA. ¡Oh! sí, en tu rostro lo veo;
entra, pues; la noche avanza
y el descanso te conviene.
Inés te hará compañía.
JULIA. La estorbo. (*Aparte.*)
AURORA. Adios. (*Empujándola.*)
JULIA. ¡Suerte impía!
¡cómo mis males previene!
Ven, Inés. (*Alto.*)
AURORA. Vánse las dos; (*Aparte.*)

mucho es que á mi empeño ceda.
JULIA. Tras el pabellon te queda (*Aparte á Inés.*)
y escucha; guárdete Dios. (*Alto á Aurora.*)

ESCENA IX.

AURORA, *á poco* DIEGO *con antifaz.*

AURORA. Jamás ví tan loco empeño:
si con tal maña procura
que cediendo á su ternura,
le haga de mi vida dueño;
si desoyendo mi queja
en obligarme porfía,
mal conoce el alma mia
que de su gusto se aleja.
¡Ser Alfonso el tierno amante
que á mi ventana delira!
¡ser el que triste suspira
receloso: mas constante!
Encanto prestó al papel
que hizo mi amor prisionero:
yo le amaba, y aun le quiero
si me olvido de que es él.
¡Y vá á venir; y vencido
por su amor, quizá á mis piés,
se postre! ¡oh! no; fuerza es
que se aleje; siento ruido:
él es, mí afan lo predice;
cese mi temor agora
y acabe mi mal.
DIEGO. ¿Aurora? (*Saliendo.*)
AURORA. ¿Alfonso?...
DIEGO. ¿Qué es lo que dice? (*Aparte.*)
si me equivoca me vende.

AURORA. No es don Alfonso, yo sueño. (*Aparte.*)
Decid quien sois.

DIEGO. Soy el dueño
de la pasion que os ofende.

AURORA. ¿Ofenderme? ¿eso decís?

DIEGO. Recobra amor tu esperanza, (*Aparte.*)
pues te engañaste.

AURORA. No alcanza
mi mente porqué os cubris.

DIEGO. Ensueño de amor dichoso;
alivio de mi amargura:
ángel á cuya hermosura
caigo abatido y dudoso:
perdona si temeroso
privo al lenguaje de galas,
y al puro aliento que exhalas
á loca inquietud me entrego,
que si en alas de amor llego,
amor me corta las alas.
Más hermosa, más rendida,
que te sueña mi deseo,
la vista en tu faz recreo
y el alma yace dormida;
no estrañes si adormecida
mi mirada teme agora;
que vengo á la luz, señora,
saliendo de sombra fiera,
pues dejo la noche fuera
y me hallo aquí con la aurora.
Déjame que el bien reciba,
de esta ocasion que me ofusca,
y pues el alma te busca,
pues se dice tu cautiva;
deja que en tu pecho viva,
que del mio se evapora,
y para vivir, señora;

sin que la tuya se altere,
dame el alma que me quiere
y ten tú la que te adora.

JULIA. ¿Es Alfonso? (*Al paño.*)

INES. Claro es, (*Id.*)
pues á la cita ha venido.

JULIA. ¿Le oiste?

INES. Nada he ó do
que está lejos.

JULIA. Calla, Inés,

AURORA. No sé si enojo me dais,
ó si dichosa me haceis;
pues aunque rendido esteis
vuestra falacia probais.
¿De vos tan pagado estais
ó así en mi mal se recrea
vuestro anhelo, que en vos crea
al impulsaros á hablarme
el interés de mirarme
y el afan de que no os vea?
No pondereis mi hermosura,
que en lágrimas se oscurece;
no digais que aquí amanece
y hace fuera noche oscura,
que si tan grata pintura
verdad y no engaño fuera;
si tanta luz esparciera
la brillantez de mi cara,
á vuestro rostro llegara
y á mi propia luz os viera.
Miradme, sí es vuestro gusto
egoista ó caprichoso;
matad por fin mi reposo
con ese rigor injusto;
mayor será mi disgusto,
si de tan dulces destellos

me abrasan los rayos bellos;
que por premio á mis enojos,
si me llevais en los ojos
no puedo mirarme en ellos.
No me deis alma por alma,
que en mí la vuestra no anima,
pues llega á mí oscurecida
para robarme la calma;
y pues la amorosa palma
es tan solo para vos,
y el alma mia vá en pós
de la vuestra, que es su guía;
quedad tambien con la mia
pues sois dueño de las dos. (*Pausa.*)
Dejad, por fin, que halagaros
puedan mis dulces destellos.

DIEGO. Temo abrasarme con ellos.

AURORA. Ya haré yo por no abrasaros.

DIEGO. Promesa de no mostraros
el rostro, puede obligarme.

AURORA. No hay voto que no desarme
el amor si amor es fuerte;
¿si prometiérais mi muerte
fuérais capaz de matarme?

DIEGO. Ved que mi labio juró
tal misterio.....

AURORA. Y no faltais;
no pido que os descubrais,
más si descubriros yo.
Mi labio nada ofreció,
que ha sido mi afan constante
veros, y para que amante
os halleis en un apuro
que os obligue, agora juro
que os he de ver el semblante.

DIEGO. Jurais mal.

AURORA. En vos confio.
DIEGO. Nada puedo hacer por vos.
AURORA. Pediráme cuentas Dios
de mi juramento impío,
DIEGO. No porfieis.
AURORA. Sí porfio.
DIEGO. Que procurais mi tormento.
AURORA. Ceded á mi dulce acento,
si es vuestro anhelo calmarme.
DIEGO. No cedo.
AURORA. ¿Vais á obligarme
á que falte á un juramento?
DIEGO. Si, que amor busca anhelante.
como premio á sus rigores,
el alma de sus amores,
que nó el rostro del amante.
En ella luce constante
la llama que amor inspira:
¿cómo á ver mi rostro aspira
vuestro afan, si amor prudente
es encanto que se siente,
y nó forma que se mira?
Ceded, que en vos pareciera
vuestro empeño cariñoso,
más bien afecto curioso
si en su afan permaneciera.
Dadme esta gracia, primera
que mi cariño reclama;
que si al semblante proclama
el vulgo, del alma espejo,
¿á qué buscar el reflejo
quien es dueño de la llama? (*Pausa.*)
Ceded; porque ya no acierto
cómo mis males buscais.
AURORA. Yo os quiero como seais.
DIEGO. Queredme entonces cubierto:

mucho más, dando por cierto
que ha de rendirse al favor
muy pronto aqueste rigor.

AURORA. ¿Y quién esperando cede?

DIEGO. Amor que esperar no puede
es capricho que no amor.
Creedme, y á vuestra estancía
volved, que ha de regresar
don Pedro.

AURORA. ¿Y he de quedar
con mi amor y mi ignorancia?

DIEGO. Ya parece tal instancia
más que amor pueril antojo.

AURORA. Me resigno si os enojo;
mas ved que esperando muero,
aunque vivir considero
si á la esperanza me acojo.

DIEGO. En mí confiar podeis
que en prendas teneis mi honor.

AURORA. Bástame con vuestro amor
para que no os olvideis.
Mas decidme ¿volvereis?

DIEGO. Decid si parto de aquí;
que si mi pasion os dí
con alma y vida os quedais.

AURORA. Sois galan, pero si os vais
que el alma se vá de mí. (*Váse.*)

ESCENA X.

DIEGO y JULIA.

DIEGO. Salgamos.

JULIA. Tente, enemigo,
hombre vil; mal caballero;
que mucho te considero

si caballero te digo.
¿Así me vendes, así
tu engaño me abandonó
que á mi afecto dices nó,
y al suyo contestas sí?

DIEGO. ¿Qué es esto? (*Aparte.*)

JULIA. Mira, Moncada,
que tu desgracia procuras;
que poco en su afecto duras
aunque tu afecto la agrada.

DIEGO. Con Alfonso me equivoca. (*Aparte.*)

JULIA. Ya sé que Aurora te há escrito
citándote.

DIEGO. ¡Dios bendito!

JULIA. No me lo niegues; tu boca
que fué boca de verdades
con vileza me mintió.

DIEGO. ¡Aun por eso me tomó (*Aparte.*)
por Alfonso!

JULIA. No te evades
de responder; no pretendas
callando evitar mi enojo;
que aunque aumente mi sonrojo,
he de decir, por que entiendas
el amor que te tenia,
que por tus traiciones muero:
¿qué más diré? que te quiero
con el alma todavía.

ESCENA XI.

DICHOS, ALFONSO.

ALFONSO. ¡Qué escucho!

JULIA. ¡Cielos!

ALFONSO. (*A Diego que vá á salir.*) Tened.

JULIA. ¡Oh terrible desventura!
DIEGO. ¿Cerraisme el paso?
ALFONSO. Locura
fuera ahorrarme la merced
de conocer al galan
que en su amor me sustituye.
DIEGO. Todo mi plan se destruye, (*Aparte.*)
pues ~~cumpliéndose~~ van complicándose
los sucesos.
JULIA. Yo te pido
que me escuches.
ALFONSO. ¿Para qué?
ya sé, señora, ya sé
que procurais el olvido
con otro afecto.
JULIA. Te ruego
que deseches la apariencia,
pues probada mi inocencia
ha de quedar desde luego,
si convencerte consigo
de que la apariencia miente.
ALFONSO. ¿Y por qué? Tened presente
que á protegerle me obligo, (*Por Diego.*)
pues me sucede en amor.
DIEGO. ¿Es mofa? (Fuerza es salir.) (*Aparte.*)
ALFONSO. Solo es afán de servir...
DIEGO. Ved que quien hiere mi honor,
con sangre la afrenta lava.
ALFONSO. Ved que batirme no puedo
con quien se oculta por miedo;
mas si el agravio no acaba
librará el rostro mi mano.
DIEGO. ¡Ira del cielo!
ALFONSO. Salid.
JULIA. ¡Oh, nó, teneos, oid;
vé que agravias inhumano

mi decoro.

ALFONSO. Calla.

JULIA. (*Llamando.*) ¿Aurora?

DIEGO. Silencio. No os detengais.

ALFONSO. Suelta, Julia.

DIEGO. ¿Qué tardais?
¿esquivais el lance agora?

ALFONSO. ¡Juro á Dios!

ESCENA XII.

DICHOS, AURORA.

AURORA. ¿Qué pasa aquí?

JULIA. Que como tal es tu acierto,
tu engaño se ha descubierto
y se han de batir por tí
tus dos amantes.

AURORA. ¡Qué horror!
¿Eso intentan?

ALFONSO. (*A Julia.*) No, no esperes
engañarme: si le quieres
y él corresponde á tu amor;
si os he hallado en este puesto
compartiendo amantes penas,
no busques faltas ajenas
para salvarte.

AURORA. ¡Qué es esto!

DIEGO. Salgamos, que esto es morir
sin consuelo de matar.

JULIA. Detente que has de escuchar. (*A Alfonso.*)

AURORA. No saldrás que me has de oir. (*A Diego.*)

JULIA. Dime, traidor enemigo;
hipócrita, vil, artero,
¿tan mal con mi amor primero

á mis amores te obligo
que ayudas en la traicion
á la amiga que me vende?

ALFONSO. Mal engañarme pretende
con tan estraña ficcion,
la que en galanteos ducha,
en cariñosas lecciones,
admite dos pretensiones.

DIEGO. Salgamos.

AURORA. Antes escucha,
que mal puedo resistir
el enojo en que me muero:
oye, traidor embustero;
avezado en el mentir;
encubierto en rostro y alma,
que con amantes ficciones
agravias dos corazones;
¿es esta la dulce palma
que por amarte recibo?

DIEGO. A fé que dudando estoy
si habla Aurora ó si yo soy
quien usa el lenguaje esquivo.
Plegue á Dios, falsa enemiga,
que mis desdichas consiente,
que en tí derrame y aumente
el fuego que me fatiga.
Plegue á Dios... mas ¿qué perdemos
el tiempo en locos amores
cuando hay agravios mayores?
Acabemos.

ALFONSO. Acabemos.

AURORA. ¡Oh nó, detente!

DIEGO. ¡Traidora!

JULIA. Escucha mi ruego.

ALFONSO ¡Ingrata!

JULIA. Vé que la pena me mata.

AURORA. Vé que te ruega tu Aurora.
DIEGO. Aqueso dilo á tu amante.
ALFONSO. Oiga tu amante ese ruego.
AURORA. Tú estás loco.
JULIA. Tú eres ciego.
JULIA. Ya no hay paciencia que aguante.
Vamos pronto que no sé
como una dama os detiene.
AURORA. ¡Ay cielos, mi padre viene!
DIEGO. Descubierto quedaré
(*Dirigiéndose á la segunda izquierda.*)
si la fuga no me ampara. (*Aparte.*)
ALFONSO. ¡Traidor! Dejad que persiga
á ese infame. (*Desnudando la espada.*)
DIEGO. Amor obliga,
que el miedo no me obligara. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

AURORA, ALFONSO *y* JULIA.

AURORA. Julia, ocúltale que llega.
JULIA. ¿Yo ocultarle? Aqueso á tí.
AURORA. ¡Cómo el destino ¡ay de mí!
á la desgracia me entrega!
Vé que me pierden tus celos.
JULIA. ¿No pierde mi afecto nada?
AURORA. Ya llega; venid, Moncada,
que aquesto quieren los cielos.
(*Dirigiéndose con Alfonso á la primera derecha.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, D. PEDRO

D. PEDRO. ¡Qué miro! ¿pues cómo vos
con el acero desnudo

y en mi casa?

AURORA. ¡Al cielo acudo
y me olvida! (*Aparte.*)

D. PEDRO. Vive Dios (*Aparte.*)
que mi recelo se aumenta.
Decidme cómo á tal hora (*Alto.*)
al aposento de Aurora
os llegábais: tal afrenta
esplicarse há menester
si es que hallais esplicacion.

ALFONSO. Callar es mi obligacion, (*Aparte.*)
pues puedo comprometer
á Aurora y á Julia.

D. PEDRO. Hablad.
¿Nada respondeis?

ALFONSO. Señor;
ved que importuno rigor
sujeta mi voluntad
en este lance funesto.

D. PEDRO. Si nada habeís de decir,
alguien podrá descubrir
lo que ha ocurrido. ¿Qué es esto,
Julia, que á tal se propasa
vuestro cariñoso trato,
que así faltais al recato
al admitir en mi casa
vuestro galan á tal hora?

JULIA. La ofensa no me conviene;
que á fé que por mí no viene,
ni mi nombre se desdora
con tan liviano atropello.

D. PEDRO. Pues ¿quién decirme podrá?...

JULIA. Tal vez Aurora, que está
mejor informada de ello.

D. PEDRO. Cierto es mi mal. (*Aparte.*)

AURORA. ¡Cuál se ciega! (*Aparte.*)

D. Pedro. Habla; tu disculpa espero.
Aurora. La suerte enemiga infiero
que á tu castigo me entrega.
Darete razon cumplida
de todo; mas me acobardo
al verte.
D. Pedro. ¡Qué más aguardo
para acabar con tu vida!
Alfonso. Tened.
D. Pedro. ¡Y vos la amparais!
Alfonso. No os obligue la demencia
á castigar la inocencia:
ruégoos, señor, que me oigais.
D. Pedro. ¿Qué decís?
Aurora. Que hoy es mi mal
tan estraño, que se cura
descubriendo esta aventura;
que hay en ella un criminal,
fuera importuno negarlo;
que el criminal no está aqui
yo os lo digo, y pese á mí
si no lograra encontrarlo.
D. Pedro. Me ofende esta confusion
que mí hidalguía desdora:
sed el esposo de Aurora,
ó termine esta cuestion
el lenguaje del acero.
Julia. ¡Con su mano te convida! *(Aparte á Alfonso.)*
Alfonso. Calla. *(á Julia.)*
Julia. No.
Alfonso. Pues, por mi vida,
que has de morir como muero.
D. Pedro. ¿Qué respondeis?
Alfonso. Que esa afrenta
no ha de seros tan cruel;
pues á mi amor es infiel

Julia, y mis males aumenta,
y pues librarme no puedo
de saber lo que aqui pasa,
conmigo Aurora se casa
si no descubro este enredo.

D. PEDRO. Ved lo que habeis prometido.

ALFONSO. Vos mi palabra tomais.

D. PEDRO. O el nudo desenredais
ó habeis de ser su marido. *(Váse Alfonso.)*

JULIA. Antes de enojo me muera. *(Primera derecha.)*

AURORA. ¡Cómo mis males previene! *(Primera izquierda.)*

D. PEDRO. ¡Malhaya el padre que tiene *(Segunda izquierda.)*
hija moza y casadera!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

(La misma decoracion.)

ESCENA PRIMERA.

DIEGO Y AURORA.

DIEGO. Vedme ya á vuestro servicio.
AURORA. Gracias, don Diego, que el mal
en este lance fatal
se me muestra tan propicio,
que si vos no me ayudais
muerta mi esperanza veo.
DIEGO. Sabeis cuánto es mi deseo
de serviros, ¿y aun dudais?
AURORA. D. Diego, ¿será delito
querer bien? ¿será vileza
dar en amante terneza,
sentir con goce infinito?
DIEGO. Delito fuera olvidar,
que querer es antes gloria.
AURORA. Pues esa accion meritoria
que premio debe lograr,
con crudeza se castiga
en mí, pues si una vez quiero,
nada de mi amor espero
que á olvidarle se me obliga.
DIEGO. ¿A olvidarle?
AURORA. Mi destino

á quien mi afecto le enoja,
no sé que males arroja
en medio de mi camino.
Adoro, don Diego, á un hombre
que arriesga por mí la vida;
pierde la capa en la huida
y ella me miente su nombre.
Era Alfonso á no dudar,
Sancho lo propio asegura;
yo no le amo y mi amargura
aumenta al considerar
que en mi libro de oracion
hallé un papel que decia
que á verme el galan vendria;
le escribo porque ocasion
no tenga de presentarse;
responde que ha de venir,
y cuando pronta á sufrir
miro el momento acercarse
del mal, viene, mas no viene
Alfonso, sino el que un dia
hizo suya el alma mia
y presa en su amor me tiene.
Vóyme, pues de amor estalla
mi pecho con la espresion
de su amorosa pasion;
entra Alfonso y aquí halla
á mi galan, á mí dueño,
con Julia en amante queja;
ved qué consuelo me deja
si me abandona en su empeño.

DIEGO. ¿Con Julia? ¿Quién suponer
pudo en su amor tal falsía,
si él solo un alma tenia
y se la dió á una mujer?

AURORA. ¿Vos le conoceis?

DIEGO. Acaso.
AURORA. ¿Decid quién es?
DIEGO. Necio fuera.
AURORA. Ved que mi amor desespera
y en sus amores me abraso.
DIEGO. Pésame no complaceros;
mas al ceder de esa suerte
causo su muerte.
AURORA. ¿Su muerte?
DIEGO. ¡Qué más muerte que perderos!
AURORA. ¿Y le teneis por amigo?
DIEGO. ¿Amigo decís? Hermano.
AURORA. Pues mucho con ello gano,
si á complacerme os obligo.
DIEGO. Mandad.
AURORA. Le habreis de decir
el error en que me ha puesto
este destino funesto;
que solo por impedir
que Alfonso me pretendiera
le escribí; que más constante
al saber quién es mi amante
huélgome de que me quiera.
Id, don Diego, porque acabe
mi pena.
DIEGO. Voy á partir
y bien os puedo decir,
Aurora, que ya lo sabe.
AURORA. Gracias os doy y quisiera
saber la contestacion
cuando volvais.
DIEGO. Es razon.
AURORA. Ved, Diego, que amor espera. (*Vase.*)

ESCENA II.

DIEGO, ALFONSO.

ALFONSO. Bien haya aquesta ocasion
que me proporciona veros,
pues ya puedo responderos
de cumplir la comision
que me impuso la fortuna;
que del duque he recibido
un pliego, y su contenido
debe ser, sin duda alguna,
la respuesta á vuestro encargo.

DIEGO. ¿Sabeis si aquesa respuesta
afirma?

ALFONSO. Cuestion es esta
que someto á vuestro cargo.
En casa el pliego quedó,
que olvidándome que aquí
venia, dejele allí.

DIEGO. Voy por él.

ALFONSO. Le traeré yo,
que he de cumplir el servicio
del todo.

DIEGO. Me haceis merced.

ALFONSO. Con vos cumplo. Y ahora ved
si algun otro beneficio
puedo haceros.

DIEGO. Sí, pedir
cuanto gusteis, que he quedado
con esto tan obligado,
que bien podeis exigir
lo que os plazca.

ALFONSO. Pues os ruego,

si en algo quereis servirme,
que me dejeis dirijirme
á solas á Julia, Diego.
Ella viene, y es cuestion
importuna para estraños.

DIEGO. Hableis con ella mil años
sin que os roben la ocasion. (*Váse.*)

ESCENA III.

JULIA, ALFONSO.

JULIA. ¡Alfonso aquí!
(*Haciendo ademan de retirarse.*)

ALFONSO. ¡Traidora!
Bien haceis en huirme; bien indica
ese rubor que vuestra faz colora,
la infamia que mi daño significa.

JULIA. ¿Aleve me juzgais?

ALFONSO. No, sino firme.

JULIA. ¿Vos constancia pedís?

ALFONSO. ¡Cómo pidiera
constancia á quien me vende!

JULIA. ¿Osais decirme
que me amais todavía?

ALFONSO. No quisiera;
mas ¿no dicen mis ojos,
que amor vence en amor aun los enojos?
¿que la duda atropella,
y aun sabiendo el engaño en él se estrella?
¿No dicen que hay rigores
que dán vida mayor á los amores;
que cuando de otro esclava
blandís el hierro que mi vida acaba,
morir por vos prefiere

y bendice la mano que le hiere?

JULIA. ¿Qué me hablais de morir? ¿No habeis venido
por Aurora atraido?
¿Pensais que no me acuerdo de la cita?

ALFONSO. ¿Quién desoye cruel súplica escrita,
teniéndose por noble y caballero?

JULIA. Yo os citaba primero,

ALFONSO. ¿Olvidais el estilo? Vuestra prosa
es tan interesante y amorosa,
que os traigo en esta muestra
(*La enseña una carta.*)
cuanto puedo esperar del alma vuestra;
vedla.

JULIA. ¡Cómo! ¡Villana alevosía!
¿esa carta es la mia?
Si yo en ella os citaba.

ALFONSO. Por Dios, que esa disculpa no esperaba.
Inés me la ha traido.

JULIA. O la habeis confundido,
ó tratais de engañarme.

ALFONSO. Yo os lo juro:
de que Inés me dió aquesta estoy seguro
y esotra Sancho, ved. (*Le enseña otra.*)

JULIA. Esta es mi letra.

ALFONSO. ¿Será verdad?

JULIA. Mi mente ya penetra
vuestra respuesta adusta.

ALFONSO. ¿Pues acaso
olvidara el amor en que me abraso,
por mujer que me enoja?

JULIA. Llégate, Alfonso, la sospecha arroja.

ALFONSO. Ceder fuera locura
siendo inocente yo; mas tú perjura.
Aquí un hombre encontré que mi alegría
nubló con su presencia; tú le hablabas,
amor le confesabas....

JULIA. Sí por ti le tenia,
¿qué mucho que le hablase
y mi pura pasion le revelase?
Yo tú respuesta á Aurora,
por Inés conocí, y á aquesa hora
como entróse aquel hombre, cuya cara
con cuidado ocultara,
tomele por mi dueño que venia
á robarme la calma y la alegria.

ALFONSO. Mas ¿quién es aquel hombre?

JULIA. Es el amante
que defiende la reja,
y á quien ama constante
Aurora al cabo.

ALFONSO. Bien; libre me deja
del compromiso que á D. Pedro hice,
si su nombre me dice.

JULIA. No le conoce, que el galan se oculta.

ALFONSO. Estraño lance que en mi mal resulta:
que en el encargo quedo
de casar con Aurora, si no puedo
demostrar á su padre mi inocencia.

JULIA. ¿Y lo has de hacer así?

ALFONSO. Si tu prudencia
me ayuda, yo te juro
que tu dicha aseguro;
mas deja que hable á Aurora
pues se acerca, mi bien.

JULIA. ¿Aqueso agora
me pides?

ALFONSO. ¿Qué te altera?
¿Temes acaso?

JULIA. ¡Cómo no temiera!

ALFONSO. ¿Mujer que es dueño de la vida mia,
de mi amor desconfia?
Pienso pedirle, Julia, que á la reja

me escuche aquesta noche, y pues osado
acercarse no deja
ese galan, á sitio tan sagrado,
vendrá á oponerse con celoso brio
y en rendirle confío.

JULIA. ¡Has de arriesgar la vida,
que es para mis amores tan querida!

ALFONSO. Descansa; no es mi intento
ni matar ni morir en tal momento.

JULIA. ¿Quién la vida asegura?

ALFONSO. Tu amor es firme escudo.

JULIA. Y mi amor ¿quién lo afirma?

ALFONSO. Quien lo jura.
¿Aun no cedes?

JULIA. Si cedo; pero dudo. (*Váse.*)

ESCENA IV.

ALFONSO.

Cede; pero temerosa
de que su mal se concierta;
mas poco mi Julia acierta
al ser amante y celosa;
que si á un solo amor invoco
para entregarle la palma,
aunque quiero con el alma,
aun juzgo que quiero poco.

ESCENA V.

ALFONSO, AURORA.

ALFONSO. Mal mi aficion agradece
la que al dar con mi presencia
marca en la faz la dolencia

y los ojos entristece.
Ved que me debeis amor.

AURORA. ¡Amor decís!

ALFONSO. No es dudoso,
pues he de ser vuestro esposo.

AURORA. Verdugo fuera mejor,
pues daisme llanto.

ALFONSO. ¿Y si os digo
por mi fé de caballero,
que sí os quiero, mas nó os quiero
para casada conmigo?

AURORA. Lo contrario declarais
si el enlace os acomoda.

ALFONSO. Mas si arreglo vuestra boda
con el hombre á quien amais...

AURORA. ¿Cómo, si os desestimé
y en verme disteis aquí?

ALFONSO. Dos mensages recibí,
y uno por otro tomé.

AURORA. Mas Sancho tomó dinero
de vos por cierto servicio.

ALFONSO. Paguéle solo el oficio
de padrino ó de tercero
para con Julia.

AURORA. El creyó
que era por mí.

ALFONSO. Pues á fé
que mi intencion no espliqué,
ó Sancho se equivocó.

AURORA. ¿Es así?

ALFONSO. Yo os lo prometo
y mi palabra teneis.

AURORA. Dios os pague el bien que haceis.
Y perdonad si al respeto
falto, al quedar complacida;
que sin dañaros en nada,

gusto de ser rechazada
más que de ser pretendida.

ALFONSO. Conviene la discrecion,
y puesto que á vos me entrego
y habré de hablaros, yo os ruego
que esta noche á la oracion
me admitais á vuestra reja.

AURORA. Ved que el galan la defiende.

ALFONSO. Pues, Aurora, ya se entiende
que si la ocasion no deja,
conmígo se ha de encontrar
y le habré de conocer.

AURORA. Si á mi lado os llega á ver
de mi amor puede dudar.

ALFONSO. Yo he de referirle todo,
y conociendo el engaño
no sufrirá el menor daño
vuestro nombre.

AURORA. Me acomodo;
mas si airado os llega á herir...

ALFONSO. No os dé pena; pues, por Dios,
que nunca riñeron dos,
si uno no quiso reñir.
¿Accedeis?

AURORA. En vos confio.

ALFONSO. Hacerlo en mi honor podeis.

AURORA. Accedo.

ALFONSO. No os descuideis.
Y pues ya vuestro desvio
ha terminado, yo os ruego
que en gracia de la amistad
me deis las manos.

AURORA. Tomad. (*Se las dá.*)

DIEGO. ¡Dios me condene! (*Apareciendo.*)

ALFONSO. Hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA VI.

AURORA y DIEGO.

AURORA. ¿Diego?
DIEGO. Señora.....
AURORA. ¿Le visteis?
DIEGO. Vile, y por Dios, me valiera
más no verle; que él espera
en lo que vos no cumplisteis.
AURORA. ¡Diego!
DIEGO. Perdonad, señora;
pero es tan tierno el afan
que me inspira ese galan,
que cual él sufro en mal hora
todo el mal que le produce
vuestra violenta mudanza.
AURORA. ¡Yo mudarme!
DIEGO Bien se alcanza,
pues á otro amor os induce
ya la gala del mancebo,
ya el antojo de mujer.
AURORA. Me agraviais y he de saber
la causa del mal que pruebo.
DIEGO. Sin autoridad alguna
fuera atrevido y osado;
mas á ser el desgraciado
á quien roban su fortuna,
yo dijera....
AURORA. ¿Qué dijera?
DIEGO. Dijera que la traicion
reside en tu corazon;
dijera que la primera
frase de amor que escuché

fué á mi cariño la muerte,
pues en busca de la suerte
el desengaño toqué;
dijera que en sus favores
amor de mujer nos daña;
dijera que el cielo engaña
con su luz y sus colores.

AURORA. Bien amor sabe fingir
lo que ni siente ni espera,
que si tanto amor dijera
¿qué fuera sino decir?
¿Ya no esplica mi semblante
lo que siente el alma mia?
¿tan mal en mi faz leeria
el sentimiento mi amante?
¿Tal mal supiera entender
el lenguaje del rubor?
Si no comprende el amor,
¿qué pudiera comprender?
De este modo os contestára
si en vos mi amante viviera;
decidme qué respondiera
si el amante me escuchára.

DIEGO. Renegára del que inspira
tan estraña falsedad;
maldijera la verdad
tan facil á la mentira.
Oye, agravio, que mis duelos
(*Asiéndole la mano.*)
aumentas con tus rigores,
pues si agravias con amores,
más agravias con tus celos.
Engaños son mis enojos,
que tus miradas no vencen;
pues si tus ojos convencen,
son embusteros tus ojos;

que fueran pretestos vanos
que en cariñosas razones
me diera á mi esplicaciones
quien dá amores á dos manos.
No lo niegues, no se aparte
tu amor del cargo severo,
que tanto Aurora te quiero
que soy capaz de matarte.
Y habrás de esplicarme agora
lo ocurrido entre los dos,
ó en su sangre juro á Dios...

AURORA. ¡Diego!

DIEGO. Perdonad, señora,
que esto solo contestára
si yo vuestro amante fuera,
decidme qué respondiera
la que aquesto me escuchára.

AURORA. Mal pudiera responder
á tan groseras razones,
que evita contestaciones
el que trata de ofender.
Más amor, ménos enojos
que el cariño no consiente;
ménos sombras en la mente,
más claridad en los ojos,
más dulzura en el decir,
más templanza al espresar,
ménos ira al agraviar,
ménos rigor al oir,
ménos llanto, ménos brio,
ménos hiel, ménos dolor,
y verás sereno á amor
en tu pecho y en el mio.
Alfonso me prometia
llevar á cabo mi enlace
con el galan que me place;

y como tanta alegría
me produjo su interés,
que es solo mi voluntad,
en prueba de mi amistad
le dí las manos: ya ves
deshecha esa confusion:
dime que he sido creida;
dime que vuelve la vida
á tu amante corazon.
¿Serás tan fiero enemigo?...

DIEGO. Ved que me teneis delante.

AURORA. Yo suplicaba á mi amante.

DIEGO. No hablábais sino conmigo.

AURORA. Él te finje mi deseo;
mas dime qué respondiera
si me escuchara.

DIEGO. Cediera;
y en amante devaneo
estrechára vuestra mano; (*Le toma la mano.*)
y en humilde postracion
os demandára perdon; (*Se arrodilla.*)
que fuera injusto y tirano
si la verdad no veia
en las notas de ese acento;
y en prueba de rendimiento,
vuestra mano besaria (*Le besa la mano.*)
cien veces con ánsia loca.

AURORA. Diego, ¿qué locura es esa?

DIEGO. Es vuestro amante quien besa.

AURORA. No besa sino tu boca;
yo perdonára al cruel,
mas de verme le privára

DIEGO. ¿Os vais?

AURORA. Así castigára.
¡Dueño mio! ¿Será él? (*Aparte. Vase.*)

ESCENA VII.

DIEGO.

Amor en sus ojos ví;
amor de su boca oí:
¿qué me importan sus primores
si viendo y oyendo amores
no sé si son para mí?
¿Qué placer mi amor consiente,
si aunque al hablarme, su mente
un ser querido formó
que ama y siente como yo,
no soy yo quien ama y siente?
Alma mia, á tí te adora;
en tí vive; por tí llora,
pues funda su dicha en tí:
alma, pues vives en mí,
en mí está el amor de Aurora.

ESCENA VIII.

DIEGO, SANCHO, INES.

SANCHO. Señor Diego, fuera os llama
don Pedro que vá á marchar.
DIEGO. Voy al punto. *(Váse.)*
SANCHO. Has de esplicar
si es prudente en una dama,
perseguir con loco empeño
hombre que no es su marido,
como podenco perdido
que busca cualquiera dueño.

INES. ¡Prudencia de Belcebú,
que por ella en tierra dá
con su nombre!

SANCHO. ¡Bueno va!
porque esa dama eres tú.

INES. ¿Yo dama?

SANCHO. De lavadero,
y si es dama quien se pinta,
tú tambíen te das de tinta
con la tizne del puchero.

INES. ¿Y es acaso de galan
escapar de la mujer?

SANCHO. ¡Antes dejarse cojer!

INÉS. Pues eres un ganapan,
que á tí en aquesto aludía.

SANCHO. ¡Yo galan! ¿Tú me has olido?
Dá la naríz al vestido
que huele á caballería.
¡Yo galan! muchos favores
me dispensaba tu afan;
mas ¿se dedica un galan
á cuidar bestias mayores?
Sé, por Dios, más verdadera
en tus apodos, pues creo
que yo solo galaneo
de la cuadra á la cochera.

INÉS. O en las calles de la villa.

SANCHO. Ya he perdido la aficion,
que mi pobre corazon
fué pasto de la polilla.

INÉS. De suerte que ya triunfé
y es mia tu voluntad.

SANCHO. Si he de hablarte con verdad,
te digo que no lo sé:
Cuentan de un buen caballero
que siempre en amor andaba,

y las cuentas ajustaba
de su amor, por su dinero:
calculaba, y si en su daño
la renta disminuia,
á fin de cuentas decia;
—mucho amor tuve este año.—
Mas una vez tanto amó
que obtuvo en la resta cero,
y al hallarse sin dinero
el pobre mozo esclamó,
dando gritos como un loco
y jurando á no se qué:
—¡Y agora como sabré
si amo mucho ó amo poco!—
Pues igual es mi fortuna,
que con la bolsa vacia,
no sé de cierto, Inés mia,
si amo á todas ó á ninguna.

INÉS. Antes bien, mucho amor tienes,
pues sin dinero te vés.

SANCHO. Yo sé que te amaba, Inés,
cuanto he perdido de bienes;
mas ¿cómo pudiera hoy
amar con aquel reclamo?
porque quien dice—yo amo,
dice más breve—yo doy.—
Presenta un mozo á una moza
vistiendo el traje de Adan,
verás que huye con afan
ó á lo menos se reboza;
pues no es que en rubor sencillo
tome el huir por escudo,
es que al mirarle desnudo
comprende que no hay bolsillo.

(*Ruido de espadas.*)

Mas ¿qué pasa?

INÉS. ¡Dios me asísta!
SANCHO. Sin duda que el vigilante
ha encontrado algun amante
á la reja, de conquista.
Escucha, ¡qué martilleo!
no hay quien le gane en arrojo.
(*Cesa el ruido.*)
Voy á mirar por el ojo
por si al acaso le veo.

ESCENA IX.

DICHOS. DIEGO, *con la espada desnuda y cubierto con el embozo.*

SANCHO ¡Jesús nos valga!
INES. ¡Qué horror! (*Vase foro.*)
DIEGO. Huye de aquí: ¿no te vás?
SANCHO. Vóyme. Aqueste es Satanás (*Aparte.*)
disfrazado de señor. (*Vase segunda izquierda.*)

ESCENA X.

DIEGO, D. PEDRO, ALFONSO *con las espadas desnudas.*

D. PEDRO. No has de escaparte esta vez,
que en nuestras manos caiste.
DIEGO. ¡Dónde hay destino más triste (*Aparte.*)
que el mio!
ALFONSO. Aquesa altivez
hemos de mirar vencida. (*Acercándose.*)
DIEGO. Sea. La sombra me ampara, (*Tira la luz.*)
D. PEDRO. ¡Traidor!
DIEGO. Para ver mi cara

hais de quitarme la vida.

D. PEDRO. ¡Luces!

DIEGO. Válganme la suerte *(Aparte.)*
y el ingenio.

(Se quita la capa y el sombrero y los tira á la segunda habitacion izquierda.)

ALFONSO. En hierro dí.
(Tropezando con la espada de Diego.)

D. PEDRO. ¡Luces! *(Riñen.)*

DIEGO. Pues ¿quién riñe aquí? *(En su voz natural.)*

D. PEDRO. Viven los cielos que es fuerte.

DIEGO. ¡Animo, señor!
(Pasándose al lado de D. Pedro.)

D. PEDRO. ¿Quién es?

DIEGO. Soy Diego.

D. PEDRO. Ven en mi ayuda.

DIEGO. Aquí estoy.

D. PEDRO. Satan le escuda,
pues se defiende de tres.

ALFONSO. Ya cede.

D. PEDRO. No hallo su espada.

ESCENA XI.

DICHOS, SANCHO *con luces.*

SANCHO. Aquí hay luz.

D. PEDRO. Matadle presto.
¡Muere infame! *(Lanzándose sobre Diego.)*

D. PEDRO. Mas ¿qué es esto? *(Reconociéndose.)*
¡Diego!

ALFONSO. ¡Don Pedro!

DIEGO. ¡Moncada!

D. PEDRO. ¿Y qué fué del criminal?

DIEGO. De la sombra se amparó,

sin duda, y el riesgo huyó.

D. PEDRO. ¡Dios me asista! ¡que mi mal
no ha de acabar todavia!
Mas es su proyecto en balde,
que abajo espera el alcalde
con buena gente, á fé mia,
y ha de evitar mi querella.
Id, pues, registrad sin miedo;
yo en esta pieza me quedo
por si pasare por ella.
(Vánse todos ménos D. Pedro y Alfonso.)

ESCENA XII.

D. PEDRO, ALFONSO.

D. PEDRO. ¡Buen lance!

ALFONSO. Mas él me evita
el compromiso en que estaba,
que el galan que aquí se hallaba
es quien amor solicíta
de Aurora.

D. PEDRO. ¿Aqueso decís?

ALFONSO. Libradme, pues, de este afan,
que yo no soy su galan.

D. PEDRO. ¿Así el nudo destruís
del empeño? ¿No os he visto
hablando amante á la reja?
¿no escuchaba vuestra queja
mi Aurora? Pues, vive Cristo,
que si aquesto presencié
no os libré del caso yo;
que si el otro os provocó
de amante celoso fué.
Y de lo visto se infiere

que en este lance fatal
hay amante y hay rival,
mas sois vos á quien prefiere.
Ya corro á ver al alcalde,
por si algo de nuevo pasa,
vos quedais en vuestra casa,
y en vos espero. *(Váse.)*

ALFONSO. No en balde.

ESCENA XIII.

ALFONSO.

Acabe tanta porfia,
pues ni Aurora me acomoda,
ni yo he de aceptar la boda
por su suerte y por la mia.
Mas fuerza es pedir consejo
á la razon, que villano
fuera en mí, verter insano
la helada sangre de un viejo.
Que el galan cuyo valor
vencióme, se oculta aquí,
es probado: pues si así
no fuera, hubiera en rigor
tropezado con la ronda
que hasta la puerta ha venido
y le espera: no óigo ruido
en la calle, que responda
á tan grave circunstancia;
luego que está aquí resulta,
y tal vez ella le oculta
amante en su propia estancia.
Si es así, pena cruel
no me causa concluir;

que el galan ha de salir
sin que yo vaya por él.

ESCENA XV.

ALFONSO, AURORA, DIEGO *que entra y sale.*

AURORA. Decidme qué ha ocurrido,
que de acero el ruido
escuché de mi cuarto.

ALFONSO. Ocurre, Aurora,
que el galan que os adora,
hallándose perdido
y á la fuga apelando precavido,
se amparó de este techo
y entré tras él con ira y con despecho.
Que al verme frente á frente
mató la luz, cobarde, nó prudente,
y que oculto se halla
pues deja libre el campo de batalla.
Llegue el amante insulto, (*Aparte.*)
que él saldrá si la quiere y está oculto;
Ocurre mas, señora; (*Alto.*)
ocurre que la llama abrasadora
que en mi pecho vivia,
y que en amor ardía
por Julia, en un instante
inunda con su luz otro semblante:
que es fuerza que el amor lance al olvido
otro amor pretendido,
y que de vos espere
la muerte yo, si mi esperanza muere.

AURORA. Ocurre que estais loco.

ALFONSO. ¿Así me respondeis?

AURORA. Y encuentro poco

el castigo que doy á esa osadía.
(Vá á marcharse.)

ALFONSO. Has de escucharme aun, Aurora mia.
(Deteniéndola.)
Dame esa mano que de nieve pura
me muestra la blancura.

AURORA. Loco, sin duda, estais.

ALFONSO. Cede á mi ruego
ó tomarela yó.

AURORA. ¡Que llamo!
(Aparece Diego á la puerta del foro.)

ALFONSO. *(Aparte.)* ¡Diego!
¿Pues vos aqui?

DIEGO. Cumpliendo lo mandado,
vengo por si importuno se ha ocultado
el osado galan en esa estancia,
(Se dirige á la primera puerta izquierda.)

ALFONSO. *(Aparte.)* Estraña circunstancia.
(Vase Diego primera izquierda.)
¡Y ella entrar no le evita!
¿Será Diego? Mi afecto me permita *(Alto.)*
insistir en mi empeño.

AURORA. ¡Qué decis!

ALFONSO. ¡Soy tu dueño!
pues tu padre me toma por tu esposo,
puedo tierno, amoroso,
pedirte que esa mano me concedas.

AURORA. No basta con que puedas.
(Alfonso le toma la mano.)
¡Soltad!

ALFONSO. Antes permite
que en mi pecho palpite,
que entre mis manos á halagarla llego.

AURORA. ¡Que pido auxilio!

ALFONSO. ¿A quién?
(Aparece Diego en la primera izquierda.)

¡Otra vez Diego! (*Aparte.*)

DIEGO. ¡Cuánto enojo el destino me depara! (*Ap.*)

AURORA. ¡El acude á mis voces, él me ampara! (*Ap.*)

ALFONSO. ¿Vos otra vez? (*Alto.*)

DIEGO. De registrar salia.

ALFONSO. El debe ser. (*Aparte.*)

(*Vase Diego foro.*)

AURORA. ¡Es cierta mi alegria! (*Aparte.*)

ALFONSO. A la prueba postrera me acomodo. (*Aparte.*)
No huyais de mí, mi bien, pues de este modo (*A*
mi pasion avivais; oid mi ruego:
yo os amo con el alma; el puro fuego
que en mi pecho se agita,
vuestro amor necesita:
dejad, por Dios, pues mi ventura gano,
que bese vuestra mano.

AURORA. Más morir á mi suerte le aprovecha.

Aparece Diego al foro.

ALFONSO. ¡Diego otra vez, es cierta mi sospecha. (*Ap.*)

DIEGO. Dios á Moncada ataje, (*Aparte.*)
que no he de permitir tamaño ultraje.

ALFONSO. ¿Qué temor le detiene? (*Aparte.*)
Evitarle conviene
la cáusa que el silencio determina.
¿Diego? Tomad;

(*Le dá un pliego.*)

mi mente os imagina
feliz y honrado cual mi afan desea:
este es el pliego; lo que encierre lea
y sea la ventura
que merece el esfuerzo y la bravura.

DIEGO. Yo os doy gracias.

ALFONSO. Adios.

DIEGO. (*Aparte.*) Quiera mi suerte
que halle la vida donde hallé la muerte.

ALFONSO. Perdonad este engaño, pues os juro

que con él, vuestro enlace es ya seguro.
(*Vase Diego.*)

ESCENA XV.

AURORA, ALFONSO, D. PEDRO, SANCHO, INES.

D. PEDRO. Nadie le ha visto salir.
SANCHO. Pues por el aire se fué.
D. PEDRO. Don Alfonso, yo bien sé,
aunque trateis de fingir,
que el amor os favorece
de Aurora, y pues viendo estais
que su cariño gozais
y que el escándalo crece,
pues un traidor enemigo
por amor ó por locura
alcanza en la noche oscura
á sus traiciones abrigo,
acabe tan loco empeño
dando á Aurora vuestro nombre,
que no ha de osar ese hombre
á mujer que tenga dueño.
ALFONSO. Vos sabeis la obligacion
en que para Julia estoy.
D. PEDRO. ¿Y yo responsable soy
de vuestra amante traicion?
Con su hermano arreglaré
este asunto.
ALFONSO. No es preciso,
pues no rompo un compromiso
que es mi vida.
D. PEDRO. Ya se vé,
don Alfonso, que villano
aunque á mi honor atacais,

en evadiros pensais:
y habeis de darle la mano
ó á la mia hais de morir
por traidor.

ALFONSO. ¡Viven los cielos!

(*Echando mano á la espada: D. Pedro le imita.*)

AURORA. ¡Tened, padre! (*Sujetándole.*)

D. PEDRO. ¡Qué mis duelos
por más tiempo he de sufrir
sin dar el justo castigo
al cobarde que me vende!...

ALFONSO. ¡Don Pedro!

D. PEDRO. Sí de honra entiende
quien vendióse por amigo,
para agraviar mis blasones,
ya sabe lo que esto dice.

AURORA. ¡Más penas mi mal predice! (*Aparte.*)

ALFONSO. Bien decís; estas cuestiones
se arreglan con el acero. (*Van á salir.*)

AURORA. ¡Oh no! (*Deteniéndolos.*)

D. PEDRO. Vamos.

AURORA. No saldreis,
padre; ¿mi mal pretendeis?
Yo hablaré.

ALFONSO. Ved que os espero. (*A D. Pedro.*)

D. PEDRO. Salgamos pues. (*Se dirigen á la puerta.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, DIEGO.

DIEGO. No es razon (*Deteniéndolos.*)
que por mí riñais, é invoco (*A D. Pedro.*)
vuestra piedad.

D. Pedro. ¿Estais loco, ¿ó qué estraña confusion
es aquesta?

Diego. Devaneos
son de acendradas pasiones,
que al cabo son confusiones
los amorosos deseos:
yo soy, señor, el que amando
y en sus amores cautivo,
por ella sin vida vivo
pretendiendo y esperando.
Yo que en Flandes advertí
el encanto de esa estrella
y por no perder su huella
con fé su rumbo seguí,
Y pobre, triste y oscuro,
oculto en la noche umbria,
mi cariño defendía
al pié del cerrado muro.
Mas hoy que la sinrazon
logro ver desvanecida,
la ofrezco á más de la vida
mi mano y mi corazon

Aurora. Cierto es mi bien.

D. Pedro. ¿Cómo osais
á tan nécio desvarío?

Diego. Mas...

D. Pedro. Para ser hijo mio
¿cuáles títulos usais?

Diego. Bien los hay en mi alta cuna
y en esta herida que os debo;
ved, agora, donde pruebo
mi carrera y mi fortuna. (*Le dá el pliego.*)
Una gineta consigo.

D. Pedro. ¿Con que sois vos el osado
que mis males ha causado?
¿vos el desdeal amigo

á quien mi honor confié
por un engaño fatal?

DIEGO. Ved si le cuidaba mal,
pues por mio le tomé.

D. PEDRO. Pues sabed, señor don Diego,
que tal contra vos estoy
por el lance, que no os doy
á mi hija.

AURORA. Ved que os ruego.

DIEGO. Ved que el amor me disculpa.

ALFONSO. Ved que consentir se debe.

D. PEDRO Ved que el demonio me lleve,
¡qué habré de premiar la culpa!

ALFONSO. Las de tal naturaleza
con amor se satisfacen,
y pues públicas se hacen
al cabo, fuera torpeza
dar en chismes enojosos
por vuestra casa y por vos.

D. PEDRO. Sea; pero plegue á Dios...
que os haga el cielo dichosos,
que con el alma os bendigo.

ESCENA XVI.

DICHOS, JULIA.

JULIA. ¿Qué ocurre, Alfonso, qué pasa?

ALFONSO. Que nuestra amiga se casa,
y yo á lo propio me obligo
en cuanto vuelva tu hermano.

SANCHO. Pues esto vá á terminar,
y ya tocan á casar
dame, Inesica, la mano. (*Se la dá.*)

AURORA. Ciego amor fundó el deseo, *(Al público.)*
como su dicha mayor,
en trocar en puro amor
su inocente devaneo;
y aun satisfecho no veo
mi afan, si á ofenderte llegas
de mi cariño, y me niegas,
olvidando tus favores,
con aplausos bienhechores,
el premio de AMAR Á CIEGAS.

FIN DE LA COMEDIA.